

SANGRE DE NUESTROS ANTEPASADOS

por

E. Daniel Arey

Algo había despertado al rey Varian Wrynn de su profundo sueño. Mientras permanecía inmóvil en la penumbra, el débil repiqueteo de un sonido de goteo distante resonaba entre los muros del Castillo de Ventormenta. Lo embargó un sentimiento de pavor, ya que era un sonido que había oído antes.

Varian se acercó con cautela a la puerta y pegó el oído contra la superficie de roble pulida. *Nada. Ningún movimiento. Ninguna pisada.* Después, como proveniente de la lejanía, escuchó el sonido atenuado y sordo de una muchedumbre vitoreando desde algún lugar fuera del castillo. ¿Me habré perdido las ceremonias de hoy?

De nuevo, se oyó el extraño sonido de goteo. Esta vez, resonaba en el suelo helado, inconfundible y húmedo. Varian abrió lentamente la puerta y echó un vistazo al vestíbulo. El corredor que discurría más allá estaba oscuro y tranquilo. Incluso las antorchas parpadeaban con una luz fría que parecía extinguirse tan rápido como brotaba. Para ser un hombre que no permitía que las emociones hicieran presa de él fácilmente, Varian sintió que algo despertaba en su interior, algo entre antiguo y nuevo, tal vez algo

olvidado hacía ya mucho tiempo. Era casi una sensación pueril de... ¿miedo?

Descartó esa idea de inmediato. Era Lo'Gosh, el Lobo fantasmal. El gladiador que infundía miedo en los corazones de amigos y enemigos por igual. Aun así, no pudo quitarse de encima esa sensación de peligro e inquietud ancestrales que ahora atenazaban su cuerpo.

Al salir al vestíbulo, Varian se dio cuenta de que sus guardias no estaban en sus puestos habituales. "¿Será que todo el mundo está preocupado por el Día del Recuerdo o se trata de algo más siniestro?".

Recorrió sigilosamente el lúgubre vestíbulo hasta llegar al gran salón del trono del Castillo de Ventormenta, pero sus enormes muros, otrora familiares, le resultaron en aquel momento más grandes, sombríos y vacíos que nunca. Desde el alto techo de piedra colgaban tapices a modo de llamativas telarañas decorados con la cabeza dorada de un león, el emblema que simbolizaba el orgullo y la fortaleza de la gran nación de Ventormenta.

En la penumbra, Varian oyó un grito apagado y después un repentino sonido de lucha. Sus ojos se clavaron en el suelo, donde un rastro de sangre conducía claramente al centro de la sala. Allí, en la oscuridad, pudo distinguir a duras penas un forcejeo frenético entre dos figuras. Cuando

sus ojos se habituaron a la oscuridad, comprobó que una de ellas estaba arrodillada, herida y cubierta de sangre. Frente a ella se erguía una adusta figura femenina que dominaba la sombría escena.

Varian conocía de sobra esa silueta, una figura contrahecha que mostraba la naturaleza retorcida de su cuerpo y de su alma. Era Garona Semiorco: mitad draenei, mitad orco, la asesina instruida por la mente perversa de Gul'dan.

Mientras Varian la contemplaba sin dar crédito a lo que veía, la sangre fresca seguía deslizándose por la hoja del arma de la semi-orca, hasta alcanzar la afilada punta y goteaba... caía... hasta formar un pétalo de rosa escarlata al chocar contra el suelo de mármol. A Varian le asaltaron los recuerdos con cada detalle que reconocía. La armadura. Los ropajes reales. ¡La figura que yacía en el suelo era su padre, el rey Llane!

Garona miró a Varian con una sonrisa siniestra y desgarrada y, acto seguido, lanzó una puñalada con su hoja; el destello del acero rasgó la oscuridad y se enterró profundamente en el pecho del rey arrodillado.

-¡No! -gritó Varian, se abalanzó hacia adelante y avanzó por el suelo teñido de sangre para alcanzar a su padre. Sostuvo el cuerpo lánguido del rey y lo mantuvo

cerca mientras el rostro de Garona desaparecía lentamente en la oscuridad.

-¡Padre! -suplicó Varian, acunándolo en sus brazos. La boca de Llane se contrajo en una mueca de dolor y, a continuación, se relajó mientras de ella brotaba un torrente de sangre fresca. Con un estertóreo silbido de aire, el viejo rey consiguió articular unas palabras crispadas.

-Este es siempre el final de... los reyes Wrynn.

Tras decir esto, los ojos de Llane se cerraron y su mandíbula se abrió formando una expresión atroz. Desde el interior de su garganta, exhaló una vibración quitinosa. Varian quería arrancarse los ojos, pero descubrió que no era capaz. En la sombra de la boca desencajada de su padre, algo se movió, brillaba y relucía a la luz del crepúsculo.

De repente, los gusanos brotaron de la boca del rey muerto, miles de gusanos serpenteantes destruyeron el rostro ceniciento de Llane. Varian trató de apartarse, pero los gusanos también lo cubrieron a él y devoraron su cuerpo emitiendo sonidos viscosos, mientras él profería un último grito agónico.

* * *

Varian se irguió de repente en la silla, mientras un terrible grito resonaba aún en sus oídos. Estaba sentado junto a su mesa del mapa en los aposentos privados superiores del Castillo de Ventormenta. La cálida luz del sol penetraba a través de las esbeltas ventanas de la sala acompañada de los vítores de la muchedumbre. "Las Celebraciones del Día del Recuerdo siguen su curso".

En sus manos, sostenía un relicario de plata deslustrado con su cierre con llave firmemente cerrado. Varian trató instintivamente de abrirlo como había hecho en tantas otras ocasiones, pero comprobó que estaba cerrado como siempre.

La puerta se abrió súbitamente y el Alto comandante de la defensa de Ventormenta entró a toda prisa. En el rostro

del general Marcus Jonathan se reflejaba una profunda alarma.

—¿Ocurre algo, alteza? —Hemos oído un grito.

Varian guardó rápidamente el relicario y se puso en pie.

—Todo va bien, Marcus. —El rey se ajustó bien la armadura y se apartó un mechón de pelo oscuro de los ojos fatigados. Sus dedos palparon los profundos surcos causados por la preocupación y la falta de sueño de los últimos meses. En su memoria quedaba el recuerdo borroso de varias semanas dedicadas a hacer frente a las múltiples emergencias ocasionadas por el ataque repentino del dragón Alamuerte sobre la ciudad y sobre el mundo.

Tanto él como el general lucían el ropaje de gala propio de la celebración. El general Jonathan, con su porte estilizado y sus facciones afiladas era el que tenía mejor aspecto.

—La Ceremonia de Honor será dentro de tres horas, alteza —anunció Jonathan—. ¿Has preparado ya el discurso?

Varian echó un vistazo al pergamino en blanco que había en la mesa del mapa.

—Aún estoy trabajando en él, Jonathan.

"Y no consigo encontrar las palabras adecuadas", pensó.

El Alto comandante lo observó y Varian trató de cambiar rápidamente de tema.

-¿Ha llegado ya mi hijo?

El general Jonathan negó con la cabeza.

-Nadie ha visto al príncipe Anduin, alteza.

Varian trató de ocultar su decepción mirando por las ventanas del castillo en dirección al patio que se extendía debajo. Había toda una marea humana agitando estandartes y banderines en el aire; los niños iban vestidos como sus héroes favoritos de antaño y la comida y el hidromiel fluían con las risas. El Día del Recuerdo era en parte un homenaje y en parte una celebración, aunque el propio Varian nunca supo encontrar el júbilo en este acontecimiento.

Mientras observaba, la multitud avanzaba lentamente hacia el Valle de los Héroes, hasta las estatuas de los grandes campeones de la humanidad que se alineaban en la entrada a la Ciudad de Ventormenta. El estrado para la Ceremonia de Honor se había erigido a la sombra de aquellos impresionantes líderes que ese día recibirían reconocido respeto y gratitud por sus grandes hazañas.

Jonathan continuó.

—Señor, cuando estés listo, el arzobispo aguarda fuera para informarte sobre las reparaciones en la ciudad y el cuidado de los heridos.

—Sí, sí, en un momento. —Varian le indicó que se retirara con un gesto de la mano. Jonathan inclinó la cabeza y retrocedió en silencio hasta salir de la habitación y cerrar la puerta tras de sí.

Varian se sacudió las telarañas de la mente y volvió a sacar el delicado relicario, contemplando su distorsionado reflejo en la superficie. "El mundo ha cambiado, pero yo debo mantenerme firme".

Varian dirigió la mirada hacia el retrato del rey Llame situado sobre la chimenea. Hoy, más que ningún otro día, el líder de la humanidad, el rey de Ventormenta, la roca de la Alianza, tiene que dar lo mejor de sí mismo. Su padre no hubiera esperado menos de él.

El arzobispo Benedictus estaba engalanado con sus mejores ropajes y atavíos, que reflejaban el orgullo que sentía la cultura de Ventormenta por el gran día de celebración. Junto a él se encontraba un hombre menudo y desaliñado con un gran hato de pergaminos arrugados.

Benedictus miró ansioso a Varian cuando este salió de sus aposentos privados.

—Que la Luz te bendiga, rey Varian. —Sonrió mientras Varian bajaba por las escaleras.

—Y a ti, padre —dijo Varian—. Pareces vestido para reunirte con tu hacedor.

Benedictus agitó su báculo con un gesto solemne y bien ensayado.

-En tiempos como estos, todos debemos estar listos para unirnos a la Luz en cualquier momento.

Junto al arzobispo, el tipo de aspecto nervioso y arrugado jugueteaba con su enorme carga de papeles y planos de la ciudad. De repente, Varian se dio cuenta de que era Baros Alexston, el arquitecto de la ciudad. Resultaba prácticamente irreconocible debido a la cantidad de barro que le cubría el rostro y los ropajes.

Varian les hizo un gesto para que le siguieran escaleras abajo.

-¿Cómo van las reparaciones de la ciudad, Baros?

-Todo lo bien que se podría esperar, alteza -asintió Baros, mientras trataba de impedir que se le cayeran los pergaminos.

Benedictus se acercó y le dio una palmada al arquitecto en la espalda.

-Es demasiado modesto, majestad. Baros ha obrado milagros para poner en orden gran parte de Ventormenta e incluso ha realizado notables mejoras en la ciudad.

Varian se sintió aliviado. Era estupendo comprobar cómo sus consejeros recuperaban el optimismo.

-Entonces, ¿qué es lo más urgente?

El arquitecto asintió y desenrolló uno de sus numerosos pergaminos mientras caminaba, lo que hizo que al menos otros tres se le escurrieran y cayeran al suelo.

—Mis disculpas, señor..., sí, aquí está. —Baros señaló un lugar en el mapa y sus dedos sucios dejaron una huella terrosa—. Hemos estudiado los daños sufridos por las dos torres principales de la entrada de la ciudad. —Sacudió la cabeza y dejó escapar un suspiro—. Ese dragón negro debe de ser aún más pesado de lo que sugiere su inmenso tamaño. Seguro que se debe a la oscura armadura de elementium de esa bestia. Hemos excavado y hemos comprobado que el daño causado a los cimientos de las torres es bastante grave.

Baros fue mostrando otros planos mientras hablaba.

—Lo mismo ocurre con el ala este del castillo, aquí... y aquí y en algunos de los edificios más grandes del puerto, incluido lo que queda de... —El arquitecto se detuvo, aparentemente demasiado afligido como para concluir la lista.

Benedictus intervino.

— Y, por supuesto, lo que queda del Antiguo Cuartel y el terrible cráter donde una vez estuvo el Parque. Que la Luz bendiga sus almas.

El rostro embarrado de Baros se entristeció.

-Me temo que harán falta grandes reparaciones, y no serán baratas.

Los ojos de Varian se encendieron mientras miraba al arquitecto al tiempo que el dolor reprimido tiempo atrás resurgía a la superficie. "¿Está hablando de dinero? ¿En un momento como este?" Ni Benedictus ni Baros parecieron percatarse de su reacción y Varian apresuró el paso escaleras abajo para deshacer el nudo de ira que se le formaba en el estómago.

En el siguiente rellano, el rey se detuvo para apreciar los daños que había sufrido su castillo. Los escombros cubrían la escalera en el lugar donde un enorme agujero en el muro se abría al cielo y a la ciudad que yacía a sus pies. Mientras Varian examinaba los desperfectos, Baros consultó rápidamente sus papeles.

-Ya hemos solicitado piedras a la cantera para solucionar esto, alteza. -El arquitecto miró hacia arriba y reconoció la creciente irritación del rey. Trató de aliviar la situación-. Lo tendremos reparado enseguida. Los castillos ya tienen bastantes corrientes sin necesidad de que falten muros enteros, ¿verdad?

Varian lo ignoró, perdido en sus pensamientos, mientras pasaba la mano enguantada por las torturadas

piedras arrancadas de la torre por lo que parecía un enorme mordisco, cosa que no distaba demasiado de la realidad.

El guante del rey se topó con algo afilado. Este se acercó y arrancó una astilla de obsidiana en forma de daga que sobresalía del muro dañado. Era un fragmento de la armadura de elementium del dragón, una astilla negra como la noche, de casi dos palmos de longitud y afilada como una cuchilla. El trozo de armadura estaba clavado profundamente en la piedra, pero, con cierto esfuerzo, Varian logró sacarlo.

Lo sostuvo en alto para que los hombres lo vieran.

—Esta abyecta criatura... este Alamuerte... no es la primera amenaza que se cierne sobre los muros de Ventormenta. —Su mirada pareció traspasar la cabeza del arquitecto—. Vamos a reconstruir y a resistir, como siempre hemos hecho. Cueste lo que cueste. ¡Y haremos que esa bestia negra pague con creces todo esto!

El rey miró su ciudad siniestrada a través del agujero perforado; su guantelete crujió cuando estrujó el fragmento de armadura de dragón con furia silenciosa. A sus pies, el gran Puerto de Ventormenta era un vasto bosque de mástiles. El puerto estaba lleno de cascos de todos los colores,

formas y tamaños. El Día del Recuerdo siempre traía a una hueste de peregrinos para honrar y rendir homenaje a los héroes de la humanidad, pero esta ocasión superaba a todas las anteriores.

Mientras miraba, otro barco entró lentamente en el puerto y echó el ancla. Era una gran nave de los kaldorei, de brillantes filigranas plateadas y púrpuras y velas perfumadas. Varian se metió el fragmento de armadura de Alamuerte en el cinturón y se giró hacia sus consejeros. — Me pregunto si este año les mueve el orgullo por el pasado o el temor al futuro?

Benedictus miró más allá de su rey hacia la plétora de barcos que se extendía a sus pies.

—La verdad es que muchos buscan refugio frente a la amenaza de la oscura vermis, majestad. Algunos incluso proclaman que estamos ante una señal del fin de los tiempos.

Varian hizo una mueca de burla.

—Padre, te recomiendo que desperdicies muy poco aliento y aún menos sueño con las absurdas murmuraciones de unos cuantos cultores del Martillo Crepuscular. A no ser que encuentres de utilidad sus tonterías para tus ardientes

sermones en la catedral. -Varian sonrió sarcástico al arzobispo.

-Lo que haga falta para conseguir que la gente crea... y actúe. -Benedictus le devolvió la sonrisa-. Sin duda, el pueblo de Ventormenta necesita esperanza, pero no tanto como un plan. Confío en que nuestro rey nos dará a todos algo en lo que creer cuando hable en la Ceremonia de Honor más tarde.

Varian pensó en su discurso del Día del Recuerdo: ¿qué podía decir para aliviar las profundas heridas que había sufrido el mundo?

El general Jonathan apareció e hizo un gesto cortés al arzobispo, y luego se volvió hacia el rey.

-Discúlpame, alteza, pero me han pedido que te recuerde que la delegación de honor aguarda tu presencia en la Sala del Trono. -Jonathan intentó sonreír para suavizar la noticia.

Varian hizo una mueca de disgusto. Odiaba las obligaciones de estado, especialmente la pompa y el boato de las celebraciones. Prefería salir a realizar tareas propias de un guerrero como asaltar la guarida de un dragón o abrirse paso a tajos a través de un mar de demonios, en

lugar de tratar con una delegación de insufribles diplomáticos. "Estos últimos son mucho más peligrosos para la salud de uno".

Varian dejó escapar un suspiro de resignación ante su destino.

-Muy bien, general. Acabemos con esto de una vez.

* * *

Jaina Valiente estaba en la Sala del Trono observando al grupo ecléctico de nobles, políticos y otros delegados.

La gran sala del Castillo de Ventormenta era realmente grande, pero la masa perfumada de dignatarios llenaba sobradamente el espacio y embargaba el aire. El arco iris de luminarias se extendía por la gran arcada hasta donde alcanzaba la vista.

Como líder de la Isla Theramore, Jaina formaba parte de la delegación de honor seleccionada para acompañar al rey en ese día mientras daba su discurso de conmemoración. La Alianza se encontraba en peligro en frentes cada vez más comprometidos y muchos habían venido a ver qué planeaba

hacer el líder de Ventormenta en relación con la reciente crisis mundial.

Genn Cringris se hallaba a su lado, y sus ojos escudriñaban a la multitud con el mismo fuego intenso que los de ella. Jaina observó la habitación esperando encontrar a Anduin entre la multitud, pero el príncipe no aparecía por ninguna parte. Se preguntó si Varian y el joven príncipe habrían solucionado su última disputa; un desacuerdo que había apartado a Anduin del lado de su padre y lo había llevado hacia la sabiduría del profeta Velen de los draenei. Pero Jaina conocía la rigidez de Varian y sabía que las únicas hachas de guerra que el rey enterraba eran las que hundía en el cráneo de sus enemigos. No, la evidente ausencia del príncipe demostraba que la brecha seguía abierta.

Cringris suspiró con impaciencia cerca de ella. La audiencia reunida llevaba cierto tiempo esperando, y todos ansiaban contemplar el centro del poder de Ventormenta y el Trono del León, el gran sitial cubierto de filigranas de los reyes Wrynn. Jaina observó los grandes felinos que adornaban el estrado, ambos alerta y fieros, como si custodiaran todo Azeroth. Se preguntó hasta qué punto le habrían inculcado a Varian este ideal desde la infancia y cómo le habría afectado a su modo de pensar. "Crecer a la sombra de héroes debe de ser difícil. Pensar que un hombre

puede soportar tal carga en solitario es una necesidad". Una vez ella amó a un hombre que se había desplomado bajo una carga tan insufrible.

Jaina observó a la multitud inquieta y asimiló la escena. Poseía el don envidiable de leer a la gente con gran perspicacia. Pero en aquel día no hacía falta mucho talento para percibir el miedo y la frustración palpables en el ambiente. Se había concentrado en un conato de descontento en la muchedumbre. Principalmente, se filtraba desde un grupo de nobles y delegados que rodeaban a un gran hombre con aspecto de oso y rostro rojizo y descontento. Lord Aldous Lescovar, hijo del traidor Gregor Lescovar, se quejaba claramente de casi todo y estaba contagiando a los presentes en la sala.

Los nobles habían estado bebiendo lo suficiente como para soltar la lengua y, cuanto más escuchaba, más veces se mencionaba el nombre del rey Wrynn. Muchas de las veces escupían el nombre como si se tratase de amargo veneno.

Jaina sabía que parte de lo que estos hombres decían era cierto. Varian era un hombre difícil en ocasiones, y su intensidad era tan dura con sus amigos como con sus

enemigos. Pero también conocía lo suficientemente bien al rey como para saber que tenía un corazón sincero. Daría su vida de buena gana para salvar a su pueblo. Se guiaba por principios antiguos que pocos entendían en la actualidad; un código de conducta que exigía algo más de sus líderes. Esta diferencia de visión había apartado poco a poco al rey de su pueblo, incluso de su propio hijo, y los enemigos del rey lo aprovechaban para sus propios y ruines fines.

Jaina siempre había sido una aliada del rey Wrynn, aunque no su partidaria más acérrima. "Y la Luz sabe que Varian no te pone fácil ser su aliado, ¡mucho menos ser su consejero o amigo!" Jaina sabía que, al tratar con el Lobo fantasmal, era mejor acercarse a su corazón que a sus colmillos.

De hecho, ella había venido para volver a intentar disuadir al rey de su postura inflexible contra la Horda, pero los delegados borrachos que rodeaban al testarudo barón podían desbaratar sus planes. Forzando una sonrisa, se acercó al barón Lescovar y a su chusma.

—Buen recuerdo —dijo Jaina haciendo un gesto cortés a todos ellos, usando la fórmula de saludo tradicional para la fiesta.

—Buen recuerdo, Jaina Valiente. —El barón miró a sus aliados y luego otra vez a ella, incapaz de decidir si el

acercamiento de la hechicera era una señal de apoyo o de peligro. Jaina sintió que la mirada de aquel hombre le recorría todo el cuerpo con el descaro propio de un barón de su edad. Tenía una expresión salvaje y, a pesar de los aires que se daba con ricas pieles y sedas, su mirada cruel traicionaba cualquier intento de elegancia que sus ropajes trataran de impostar.

El barón recelaba, y su mente titubeaba tanto como su cuerpo.

-¿Qué te trae tan lejos de tu hogar cuando este arde hasta sus cimientos?

Jaina se dio cuenta en ese momento de que el barón estaba más borracho de lo que parecía e ignoró su puya.

-Igual que tú, he venido a presentar mis respetos a los héroes de antaño, pero también en busca de un plan sensato para enfrentarnos a los nuevos peligros que hostigan hoy en día a la Alianza.

El barón señaló a sus compatriotas con mano tambaleante.

-Desde luego, estos nuevos peligros nos perjudican a todos, a los ricos y a los pobres, a los mercaderes y a la

plebe por igual. ¿Cómo hemos llegado a esto, hechicera?
¿Quién tiene la culpa?

Jaina mantuvo el rostro imperturbable, sin mostrar emoción alguna. Tras una cuidadosa pausa, habló:

—El liderazgo de la Alianza se ha enfrentado a muchos desafíos últimamente. Sí, se han cometido errores de juicio y se han aprendido muchas lecciones. Pero también hemos logrado grandes victorias.

Un noble anciano y nervudo se abrió paso hacia delante, agitando la plateada cabeza en señal de frustración.

—Estamos cansados de que las guerras de la Alianza acaben con nuestro oro y nuestra sangre. ¡Las aventuras insensatas y las venganzas personales solo sirven para estropear nuestras posibilidades de paz y prosperidad!

Jaina levantó la mano con delicadeza para calmar los ánimos.

—Muchos otros ya han expresado preocupaciones parecidas. Por ejemplo, la mal conducida agresión a la Horda. Yo, personalmente, creo que los buenos aliados son difíciles de encontrar en días como estos en los que parece que nuestros enemigos se multiplican de forma incesante.

El barón posó su mano carnosa en su hombro y su piel se estremeció por el contacto.

—Chicos, creo que tenemos aquí a una amante de los orcos. —La risa que sucedió al comentario olía a hidromiel rancio. El barón se acercó, esta vez demasiado, con su aliento caliente y burlón—. O puede que lo que le guste sean más bien los apestosos tauren.

Jaina se zafó de forma grácil del barón y se colocó una máscara de comprensión hacia sus inquietudes. La Alianza no se podía permitir muchas más brechas abiertas en estos días. Azeroth había mostrado recientemente sus propias fracturas ocultas y estas, literalmente, habían desgarrado el mundo.

Jaina forzó una sonrisa y el barón se la devolvió, pero solo sirvió para resaltar los rasgos porcinos de su rostro. Le lanzó un guiño.

—Sabemos que tu relación con el rey es estrecha. Necesitamos que razones con él. Que el rey Wrynn escuche a sus nobles, que halle paz donde sea posible y que acabe con ese maldito dragón antes de que no quede ni una sola ciudad con la que comerciar.

—Comprendo tus preocupaciones. Comparto muchas de ellas.

-Pues cumple con tu obligación y usa tu influencia. A nadie le beneficia esta guerra descerebrada. Los planes actuales del rey son...

-¿Son qué? -dijo una profunda voz proveniente de detrás del barón. Todos se giraron para ver al rey Wrynn de pie en el umbral. El murmullo de voces se desvaneció a medida que Varian entraba-. Por favor, barón Lescovar, ilústrenos a todos. Díganos a todos lo que acarrearán mis planes.

La mirada de Varian era como un relámpago que se enterraba entre los ojos del barón. Lescovar dio un paso atrás en un gesto de sumisión inconsciente.

-Mis disculpas, alteza. -El barón hizo una reverencia-. Solo estábamos discutiendo el asunto con la estimada líder de Theramore.

Varian caminó hacia el barón y solo se detuvo cuando estuvo dentro del espacio personal del noble. Nariz contra nariz, el rey habló con calma, pero su gruñido se escuchó alto y claro.

-Cuando no eras más que un cachorro en la apestosa madriguera de tu familia, yo ya lideraba los ejércitos de Ventormenta hacia el triunfo. -Los ojos de Varian se movieron por la habitación hacia los demás, desafiando a

los demás rostros a que se le enfrentasen—. Os he liderado a través del mar, por el frío clima de Rasganorte, hasta las impías profundidades de Entrañas. Una victoria tras otra y, aun así, muchos de vosotros todavía dudáis.

Los dignatarios se agitaron incómodos, pero ninguno se atrevió a articular palabra. Jaina estaba fuera de sí, invadida de ira en su interior. "Ya no podía mantenerse alejada de los colmillos del rey durante más tiempo".

Varian observó los semblantes.

—¿A qué habéis venido hoy aquí? ¿A hacerme perder el tiempo? ¿A exigirme que escuche vuestras estúpidas quejas sobre mis esfuerzos por proteger este mundo? ¿Por protegeros a *vosotros*?

Silencio.

El fuego del Lobo fantasmal ardía ahora en sus ojos, un brillo cálido y ambarino que destacaba intrépido en la noche y mantenía las sombras a raya.

—¿O acaso habéis venido a ver por vosotros mismos a Lo'Gosh? ¿A contemplar de cerca a aquel que hace la guerra con el mismo entusiasmo que sus enemigos?

Mucha gente comenzó a salir de la sala con cautela, pero Varian no había terminado.

-¡Algunos dicen que no soy mejor que aquellos contra los que luchamos! Que yo soy el monstruo. Bueno pues, en ese caso, ¡soy el monstruo que necesitáis! ¡Soy aquel lo bastante salvaje como para llevar el miedo al mismísimo corazón de la oscuridad! ¡El que tiene el coraje de hacer lo que sea necesario para proteger a la humanidad del abismo!

Mientras Varian finalizaba su diatriba, miró a su alrededor y encontró la cara familiar de Anduin que le devolvía la mirada desde el fondo de la Sala del Trono. Su hijo había llegado en algún momento de la perorata del rey. Por la expresión de horror en el rostro del joven príncipe, estaba claro que nada había cambiado desde que se despidieran de tan malas maneras por última vez.

La mirada de Anduin rebosaba miedo y estupefacción y Varian notó cómo se le rompía el corazón. "¿Cómo me he convertido en tal extraño para mi propio hijo?" Intentó suavizar su expresión, pero el rey sentía cómo el calor de la ira aún quemaba su piel. Anduin retrocedió lentamente, después dio media vuelta y salió de la sala. Mientras contemplaba como se marchaba, Varian sintió que su ira desaparecía, como agua que se escurriese de una presa resquebrajada y solo dejase un vacío tras de sí. Varian se sentó en el trono e hizo un gesto desganado para que todos se marchasen.

La aturdida audiencia fue saliendo lentamente, atemorizada tanto ante el futuro como ante el líder de la humanidad. Solo se quedaron Jaina y el arzobispo, que observaban a Varian con cautela. De forma inconsciente, el rey hurgó en su túnica y tocó el relicario de plata que tenía en el bolsillo. Su fría superficie metálica alivió el febril propósito que aún le hacía hervir la sangre. Varian sabía que nadie entendía lo que debía hacer, lo que debía ser. Nadie lo entendía ni lo entendería jamás.

* * *

Varian paseaba a grandes zancadas, como un animal enjaulado, mientras Jaina y Benedictus lo contemplaban. Dio innumerables vueltas al relicario de plata entre las manos. Su cadena brillante centelleaba con la misma furia que consumía al rey. Jaina y Benedictus permanecían impotentes a su lado, trataban de hallar un puerto en calma durante la tormenta.

—El príncipe lo entenderá algún día, alteza —aventuró Benedictus—. Tiene un alma iluminada.

El arzobispo miró a Jaina en busca de apoyo, pero antes de que ella pudiese mediar palabra, Varian respondió con desprecio:

—Nunca debí permitir que se fuese. Las obligaciones de Anduin están aquí, con su pueblo, no con los draenei.

-Pero aún es joven -dijo Jaina-. Anduin aún está buscando su lugar en el círculo. Está embarcado en una búsqueda que le revelará quién es en realidad.

Varian se detuvo y la miró iracundo.

-Te diré quién es, Jaina, es el heredero al trono de Ventormenta ¡y también es ya casi un hombre! ¡A su edad, yo ya era un maestro de la espada y estaba listo para entablar combate con los enemigos de la Alianza!

Jaina se encogió ante su ira.

-¿Acaso lo pronto que empieza a matar es la única medida para un hombre, Varian? -Intentó devolverle una mirada tan feroz como la suya-. ¿No ves que Anduin ha escogido un camino diferente?

Varian se detuvo entonces para reflexionar.

-Yo... he aceptado las decisiones de Anduin, pero temo que carezca de la fuerza necesaria para gobernar. Estos son tiempos peligrosos, como tú ya has señalado, arzobispo.

-Es cierto que el mundo pende de un hilo. -El arzobispo intentó enfatizar sus palabras con la ayuda de sus manos-. Pero la Luz siempre nos muestra un camino distinto a cada uno de nosotros, independientemente del fin que esté previsto.

-¡Basta de sermones, Benedictus! El mundo real no es tan caritativo como tu iglesia. Ser rey es un trabajo peligroso. ¡Un paso en falso y la gente muere!

Benedictus avanzó y colocó la mano sobre el hombro del rey.

-En el Día del Recuerdo, más que en ningún otro, sé que te juzgas responsable de muchas cosas, especialmente de todo lo que hemos perdido... -continuó con cautela-. Y de lo que tú has perdido.

El rey buscó su relicario de plata, perdido en un barullo de pensamientos y preocupaciones.

-Si Anduin no está preparado, si es débil en algún sentido, nos conducirá a... -Varian se detuvo en seco y trató de sacudirse el pensamiento.

Jaina intervino para disipar el desasosiego.

-Anduin tiene una fortaleza diferente que ofrecerle a este mundo, Varian. Escogió el sacerdocio por un motivo. Es un sanador y está en sintonía con la Luz.

Varian asintió.

-Lo que dices es cierto, Jaina. Anduin nunca ha sido... como yo. -Con un suspiro, Varian se dejó caer pesadamente otra vez en el trono.

-Como has dicho antes, mi rey -empezó a decir Benedictus-, los tiempos han cambiado y está claro que debemos cambiar con ellos. La era en la que los corazones como el de Lothar eran la única esperanza de supervivencia puede que esté llegando a su fin. El mundo parece ansiar a alguien nuevo.

Varian lo miró con la mente embargada de incertidumbre hacia demasiadas cosas. Recientemente, los mismos cimientos de Azeroth se habían visto sacudidos hasta el núcleo y muchas de sus piezas habían quedado deshechas o perdidas para siempre. Ahora, sus siempre sólidas creencias se habían atenuado de algún modo. Benedictus y Jaina se dispusieron a marcharse, pero el arzobispo tenía una última petición.

-A propósito de renovación, alteza. Tengo un presente que daros en este Día del Recuerdo. En realidad también es para el príncipe.

Varian suspiró.

-Me temo que solo estoy yo para recibir tu generosidad en este día, padre. Está claro que mi hijo no quiere estar a mi lado.

Benedictus sonrió.

-No dejes que tu corazón se entristezca. La Luz siempre encuentra la manera de brillar, incluso en la noche más oscura. ¿Podemos reunirnos más tarde? Seguro que remedia muchos de tus males.

Varian no estaba muy convencido.

-¿Dónde y cuándo, padre? Como sabes, me espera un día ajetreado.

El arzobispo se acercó y susurró el lugar. El rostro de Varian se ensombreció al oírlo, pero, tras un momento, asintió de mala gana.

Antes de que Jaina y el arzobispo se marcharan, Varian tenía una pregunta más para Benedictus.

-Dime, arzobispo. ¿Crees que Anduin será un buen rey?

El arzobispo se giró y asintió con gravedad.

-Desde luego, mi Señor. Lo será si sobrevive a la debacle de estos tiempos. Los días desesperados como estos tienden a quemar todas las impurezas y a dejar solo el acero más fuerte tras de sí. Y los reyes Wrynn siempre han demostrado su temple, alteza. -Hizo una reverencia y salió con Jaina, dejando a Varian solo en la Sala del Trono con la solitaria carga del gobierno, que tan bien conocía.

Mientras Varian entraba en el cementerio de la ciudad, el sol comenzaba su lento descenso hacia el horizonte, proyectando cálidos rayos rojizos en las imponentes agujas y las silenciosas tumbas de la catedral.

La tristeza embargaba a Varian mientras pasaba junto a las lápidas que le eran tan familiares, siguiendo un camino que ya había recorrido antes en tantos Días del Recuerdo. Le llegó el aromático y dulce olor de las lilas frescas y con él los recuerdos del maravilloso aroma de su mujer, Tiffin, su risa alegre y su enternecedora sonrisa.

Se aproximó a los leones de piedra que guardaban la tumba de su esposa mientras los recuerdos largamente perdidos inundaban su mente y convertían su paseo en una especie de trance. Los rayos de luz dorada se reflejaban en

la placa de bronce del monumento. Varian leyó la última línea de la inscripción: "Nuestro mundo se ensombrece en tu ausencia", y sintió una oleada de amarga certeza en su corazón. "Anduin y tú sois los únicos seres que me habéis proporcionado calidez, Tiffin".

Oyó pasos a su espalda y se giró, sorprendido de ver a Benedictus y a su hijo acercarse. La emoción de ver al príncipe se desvaneció rápidamente por la expresión de conmoción que percibió en su rostro y por la dura mirada que Anduin lanzó al arzobispo.

Varian se sorprendió al ver cuánto había crecido Anduin. ¿O se trataba solo de un efecto de la luz? El príncipe soltó su arco y su carcaj con gesto de frustración y miró con ademán severo al sacerdote.

-Arzobispo, cuando me imploraste que te acompañase, se te olvidó mencionar que nos reuniríamos con mi padre.

Benedictus sonrió al chico.

-Querido príncipe, a veces, para curar al mundo, hemos de guardar algunos secretos.

Varian asumió el papel de padre. Quería decirle al chico que se dejase de tonterías y creciese. Quería ordenar a Anduin que se quedase en Ventormenta y cumpliera sus obligaciones de príncipe heredero. Pero también sabía que

eso solo desembocaría en el mismo final amargo conocido. Cuanto más duro se pusiese con el chaval, más lo apartaría de su lado.

-¿Es este tu regalo del Día del Recuerdo, arzobispo? - El rey Wrynn trató de suavizar su tono-. ¿Una reunión familiar sorpresa?

Inconscientemente, fijó la mirada en la tumba de Tiffin, como incluyéndola.

El arzobispo los miró a ambos con aire de satisfacción.

-Solo en parte. Hay algo más. Recuerdas la misión que me encomendaste hace tanto tiempo, justo después de la muerte de Tiffin?

Varian pensó durante un momento. Ya hacía tanto tiempo. Tantos sucesos desde la muerte de su esposa. Tantos cambios. Incluso en él mismo. "¿Habría amado Tiffin al hombre que soy ahora?"

Benedictus se acercó y entregó a Varian una brillante llave plateada. Varian se quedó conmocionado al notar el peso del objeto en la palma de su mano. Anduin supo inmediatamente de lo que se trataba.

-La llave del relicario de mamá.

Varian se había quedado sin habla. Trató de decir algo.

-¡La has encontrado! ¿Cómo?

-Sí, señor. Como ordenaste. Lamento haber tardado tanto en localizarla, pero pensé que hoy era un día tan bueno como cualquier otro para devolveros a ambos los recuerdos. -Benedictus dio una palmadita al príncipe en la cabeza.

Varian notó cómo algo se removía profundamente en su interior.

-Gracias, Benedictus. Eres un buen hombre. Me cuesta pensar qué haría sin ti.

El arzobispo inclinó la cabeza.

-Por favor, permitidme que os deje a solas. -Se giró para marcharse y, al hacerlo, agitó una vez más el brazo y, antes de desaparecer sendero abajo, añadió-. Os deseo la paz a ambos.

Varian se quedó allí, dándole vueltas a la llave plateada y preguntándose el porqué de la extraña despedida del arzobispo. Finalmente, se percató de que Anduin le observaba. Todas las duras verdades que quería decirle a su hijo eran ahora intrascendentes. Se dio cuenta de que solo

una era cierta: Anduin era más importante que ninguna otra cosa. Eso estaba claro.

El príncipe se volvió para mirar la lápida de su madre, perdido en sus propios pensamientos. Varian rompió finalmente el silencio.

—Me alegro de verte, hijo. Creo que has crecido como mínimo una cabeza desde... —Varian se detuvo—. Parece que la comida draenei te sienta bien, ¿no?

—El maestro Velen dice que crezco en todos los sentidos —replicó Anduin, que aún contemplaba la tumba de su madre—. Velen sigue recordándome que todos hemos de crecer en todos los sentidos, a diario.

Varian asintió.

—Un consejo sabio y valioso. En especial para un rey... o un futuro rey.

Anduin se estremeció al oír eso, luego miró a su padre con sus profundos ojos azules.

—Padre, ¿se muere el mundo?

La sencilla intensidad de la pregunta cogió desprevenido a Varian. Le recordaba a las inocentes, pero profundas preguntas que solía hacer Anduin cuando era un

niño. Ya entonces, la aguda sabiduría del chico era clara y evidente.

Varian trató de responder con cuidado.

-No tengo una postura filosófica clara acerca de tales asuntos, pero sé que el mundo pasa por ciclos, igual que las estaciones. Todo tiene su momento y las cosas van y vienen en el círculo de la renovación.

Pensó en la manera de describirlo mejor y entonces sacó su propia espada.

-Es como una gran arma, hijo. El filo ha de renovarse de vez en cuando para que mantenga todo su poderío.

-Eso mismo dice Velen también. Dice que la muerte y el renacimiento también forman parte de la misma rueda de las estrellas. Y su pueblo ha contemplado la larga marcha del tiempo como ningún otro.

-Entonces debe saber que los reyes y los reinos van y vienen, pero la verdad, el honor y el deber duran para siempre.

-Y el amor -añadió Anduin sin apenas mirar a su padre.

El rey pensó en ello y asintió.

-Sí, y el amor.

Anduin continuó

—Yo creo que el amor es lo más duradero de todo.

De repente, Varian supo lo que tenía que hacer. Tenía el relicario de plata en la mano y ya estaba hablando antes de saber siquiera lo que iba a decir.

—He guardado el relicario de tu madre todos estos años para que me recuerde mis responsabilidades como rey. Para recordar que mis actos tienen consecuencias y que un líder debe vivir con sus decisiones, buenas o malas, ya que muchos dependen de él.

Le entregó el relicario.

—Quiero que... —se detuvo—. Es decir, he pensado que puede que quieras tenerlo tú ahora. Si quieres.

Anduin asintió y Varian colocó lentamente el relicario de Tiffin alrededor del cuello de su hijo. El príncipe lo sostuvo en sus manos y pasó los dedos por los grabados exactamente de la misma manera que su padre había estado haciendo durante tantos años.

Varian le ofreció la llave plateada y el tiempo se detuvo en ese instante. Incluso la brisa que refrescaba el cementerio pareció contener el aliento por respeto al suceso. Varian sintió que pasaba una especie de testigo

imbuido de una cierta sensación de pertenencia, un poderoso símbolo de madurez que, de alguna manera, ayudaría a su hijo en el futuro.

-Ahora es tuyo -dijo-. Puedes abrirlo cuando estés preparado.

Anduin pensó en ello por un momento y, a continuación, se guardó la llave en el bolsillo. Ya encontraría el momento de hacer las paces con el pasado a su manera.

-Ella adoraba ese relicario, Anduin -dijo Varian-. Amaba la belleza y al pueblo de Ventormenta..., pero lo que más quería era a ti.

Los ojos de Anduin brillaron humedecidos a la luz de la tarde. Varian miró detenidamente a su hijo y vio mucho más de lo que jamás había visto.

-He estado un poco... ciego... al no ver el hombre en el que te has convertido.

Al oír eso, las lágrimas del muchacho manaron como un torrente, junto a las palabras que siempre había querido pronunciar.

-Me gustaría tanto parecerme más a ti, padre. Quiero ser un gran rey, pero... no soy tan... fuerte. -Se limpió

las lágrimas de la cara enfurecido, como si fuesen un signo de debilidad.

Varian rodeó a su hijo con el brazo.

-No, Anduin. Tú tienes más coraje que yo, tu valentía brota de lo más profundo de tu corazón. ¿Te acuerdas de lo que decía tu tío Magni? La fortaleza se presenta de muchas maneras...

Ambos repitieron la última parte de la frase al unísono.

-¡Tanto grandes como pequeñas!

Anduin sonrió al recordar el cálido recuerdo. Varian continuó:

-Yo me mantengo firme e inflexible ante la tormenta, pero tú sientes el viento y te doblas con él, haciéndolo tuyo y eso te hace irrompible.

Varian se volvió hacia el monumento en honor a Tiffin.

-Tu madre poseía esa misma cualidad. Había perfeccionado el arte de la persuasión amable y su amor era capaz de conmover al mundo.

El príncipe contempló el lugar de reposo final de su madre, intentando controlar las lágrimas que afloraban a

sus ojos. Varian se encontró pronunciando cosas sin pensarlas, no como el rey de Ventormenta, sino como un padre que hablaba a su hijo.

—Es bueno que puedas llorar por ella, Anduin. Nunca he contado con esa... fortaleza. —Ambos se quedaron inmóviles durante unos momentos, mirando la tumba de la persona cuyo recíproco amor era su conexión más profunda. Más aún que la propia sangre.

—La echo de menos —añadió finalmente Anduin—. Sé que solo era un bebé, pero aún puedo recordarla y sentirla.

—Y por eso serás el más grande de todos los reyes Wrynn —dijo Varian, dando una palmada en la espalda a su hijo. Deseó que el momento durase para siempre, pero sabía que no era posible. Miró hacia arriba, analizando los alrededores—. Pero dime, ¿de qué dirección crees que provendrá la emboscada?

Anduin se enjugó las lágrimas.

—Nos observan desde hace algún tiempo. ¿Quiénes crees que son?

Varian reflexionó

—Lo más probable es que sean asesinos que pretenden aprovechar la distracción de las celebraciones. Un buen

momento en el que los líderes de Ventormenta estarán juntos en público. ¿Cuál es tu plan?

Anduin trató de mirar a su alrededor sin que resultase obvio.

—Nos atacarán desde el este, intentando cubrir la salida principal. Nos enfrentaremos a un ataque de fuerza bruta, nada elaborado. Si logramos ponernos de espaldas al muro oeste, podremos enfrentarnos a ellos de forma más igualada.

Varian no pudo reprimir una sonrisa.

—Impresionante. Parece que en realidad sí escuchabas todas aquellas tediosas lecciones que te di.

—Me has enseñado más de lo que crees, padre.

Varian asintió y Anduin hizo una mueca a modo de respuesta. Hubo un momento de complicidad entre ellos que no necesitaba palabras.

Un rugido de cohetes resonó sobre sus cabezas y rompió el silencio de repente. Los misiles mágicos volaban alto por el aire desde el Valle de los Héroe y explotaban sobre la ciudad en una florida cascada de colores y formas. La ceremonia de clausura del Día del Recuerdo había comenzado.

Pero los fuegos artificiales también eran la señal para otra cosa. A su alrededor, un grupo de hombres de aspecto peligroso salió de su cobertura. Todos llevaban armas terribles y la expresión de un asesino listo para matar grabada en las caras.

Varian se volvió hacia su hijo, casi disfrutando del momento.

-Parece que voy a llegar algo tarde a mi discurso.

Los atacantes convergieron en los dos hombres y Varian contó a diez. "No hay problema", pensó Varian, hasta que Anduin señaló a la parte trasera y vieron a otro hombre aparecer desde detrás de un árbol. Este último era un hechicero muy poderoso. Su túnica de color violeta oscuro brillaba cargada de protecciones y alrededor de su báculo retorcido orbitaban runas de energía ardientes.

-No me gusta la pinta que tiene ese -dijo Varian, desenvainando su espada. Anduin asintió y preparó su arco con una flecha.

Mientras le observaban, el hechicero agitó su báculo, que trazó un gran óvalo brillante en el aire, y al mismo tiempo comenzó a recitar palabras de invocación.

El cielo se llenó de nuevo de fuegos artificiales y los atacantes cargaron de repente contra el rey y el

príncipe. El sonido de las explosiones se vio acallado por los duros gritos de guerra de los asesinos mientras un feroz choque de acero hacía saltar chispas y brotar sangre. A través del Lago de Ventormenta, las voces gemelas de padre e hijo resonaron con orgullo:

-¡Por la Alianza!

Un caleidoscopio de gente rodeaba las grandes estatuas del puente que cruzaba el Valle de los Héroes. La multitud vitoreaba los fuegos artificiales mágicos con salvaje abandono, mientras las explosiones reverberaban dentro y fuera de los muros de la ciudad y en el foso inferior.

Sastres, herreros, cocineros, tenderos y soldados permanecían hombro con hombro a lo largo del puente y llenaban la carretera a Villadorada hasta donde alcanzaba la vista. Todo el mundo lo pasaba estupendamente, estaban fascinados con el espectáculo.

Pero, entre bastidores, había un contingente de la delegación de honor que no era tan entusiasta. El rey Wrynn era el siguiente en hablar ¡y no aparecía por ninguna parte! Jaina y Mathias Shaw intercambiaron miradas de

preocupación cuando el mariscal de campo Afrasiabi subió al podio para saludar a la multitud. El mariscal de campo consideraba un gran honor presentar al rey Wrynn antes de su discurso. Pero, a medida que el despliegue de fuegos artificiales terminaba y el rey de Ventormenta seguía sin aparecer, la ceremonia empezó a deslucirse y a Afrasiabi no le gustaba que los planes se torciesen.

El mariscal de campo se giró y gruñó:

—¡Maldita sea! ¿Dónde está?

Todos los que estaban en el escenario se encogieron de hombros y Afrasiabi dedicó una fugaz sonrisa a la audiencia antes de mezclarse con el resto de delegados y jefes de estado. Entre la propia delegación reinaba el caos y se discutía acerca de cada posibilidad y contingencia. Algunos de los nobles querían que la ceremonia continuase, con rey o sin él. Otros insistían en esperar a su líder, sin importar lo que este tardase.

El general Jonathan, el perfecto estratega, tenía un plan alternativo.

—Mariscal de campo, te sugiero que inicies una acción dilatoria. Fintas y faroles. Mantén la posición, por así decirlo, mientras vamos a buscar al rey. —Jaina y Mathias asintieron en señal de acuerdo.

Al mariscal de campo le gustaba aún menos esta nueva estrategia.

-General, soy el comandante de los ejércitos del rey, no un artista de circo. -Miró a todos con el ceño fruncido, pero solo obtuvo como respuesta la expresión desesperada en las caras de los demás, que le imploraban que se sacrificase por el bien de todos.

-¡Pero no he preparado nada! -protestó.

-Improvisa. Distráelos. Mantenlos entretenidos -entonó el coro de respuestas.

La multitud refunfuñó con ansiedad detrás de él y, finalmente, Afrasiabi cedió con un suspiro. Farfullando entre dientes, se dio la vuelta hacia la veleidosa multitud.

-Malditos sean los gnomos y los espectáculos de ponis...

El Alto comandante de Ventormenta forzó una sonrisa que brillaba incluso más que el reluciente mosaico de medallas que decoraban su armadura y empezó a deleitar a la audiencia con uno de sus temas favoritos, la fascinante historia, con todo lujo de detalle, de las tácticas de asedio con máquinas a vapor.

* * *

Varian Wrynn se movía como un elemental de viento, saltaba y giraba en todas direcciones, desesperado por proteger a su hijo a cualquier precio. Tan pronto cargaba hacia la izquierda, esgrimiendo la espada en amplios círculos para rechazar un frente de atacantes, como interceptaba, acto seguido, a otro grupo que presionaba a Anduin desde el lado opuesto; dando tajos mortíferos con su salvaje hoja Shalamayne.

Tenían el muro de piedra a su espalda y se esforzaban por repeler a los atacantes, pero, a pesar de que hacían todo lo que podían, el rey y el príncipe no conseguían avanzar para enfrentarse al hechicero que, refugiado en la retaguardia, invocaba un portal cada vez más visible en Ventormenta.

Varian bloqueó el hacha de un asesino y, a continuación, cercenó tanto el arma del asesino como el brazo que la sostenía con un aplastante golpe final de su espada. Varian avanzó, intentando aprovechar la ventaja, pero cada vez que avanzaba hacia el invocador, los atacantes sacaban partido de la preocupación de Varian por su hijo y se acercaban al chico. El rey comprendió que los asesinos solo estaban jugando con él hasta que pudiesen traer algo a través del portal, aunque no imaginaba qué podría ser.

Varian se permitió una rápida mirada hacia su hijo y se sintió henchido de orgullo. El príncipe defendía su posición valientemente, disparando flecha tras flecha a los atacantes. Muchos de los asesinos llevaban clavadas astas emplumadas, pero, aun así, solo habían caído tres. Algún tipo de magia oscura los respaldaba.

Anduin esquivó con destreza una daga que le habían lanzado y aterrizó cerca de Varian.

—¡Están protegidos, padre! ¡Cuidado!

Varian se volvió hacia su hijo.

—Mantente cerca. ¡Hemos de alcanzar a ese hechicero antes de que complete el encantamiento!

Anduin asintió.

-¡Entre los dos podremos protegernos! -dijo, alzando las manos. Musitó una plegaria y pronunció la palabra de poder "Escudo" y el cielo resonó con una especie de trueno.

Varian notó cómo se le erizaba el vello de la nuca a medida que un escudo de energía divino le rodeaba. Hizo una mueca lobuna a su hijo y se volvió para enfrentarse a dos desafortunados granujas que estaban en el lugar y el momento equivocados.

-¡A ver si su protección les libra de esto! -rugió Varian. Cargó hacía delante, dio un impresionante salto y dejó caer su espada con un golpe salvaje.

El orbe centelleante de Shalamayne emitió un destello de luz arqueada cuando la hoja partió en dos al sorprendido asesino, de la cabeza a las entrañas. El torso sin vida cayó dividido en dos mitades ensangrentadas, pero, antes incluso de que estas tocasen el suelo, Lo'Gosh ya se dirigía hacia su siguiente víctima mientras giraba la espada para acabar con él con la misma rapidez. Anduin le cubría con sus flechas; se encargaba de mantener despejados los flancos de su padre.

Los soberanos de Ventormenta se movían como un solo ser que cortaba con la hoja y mordía con las flechas a medida que se abría paso a través de la línea de defensores en dirección al cada vez más desesperado hechicero. El rey

y el príncipe formaban un equipo perfecto: Varian hacía uso de una fuerza bruta inconmensurada y Anduin desencadenaba una salva de agudas puntas de flecha allá donde podían causar más daño.

El hechicero oscuro comprendió con rapidez que su oportunidad de éxito era cada vez más remota y redobló sus esfuerzos, comenzó a lanzar todavía más energía púrpura que iluminaba el campo. Al hacerlo, algo grande y temible comenzó a tomar forma en la neblina arremolinada del portal.

* * *

-No está en la fortaleza. He buscado en todas partes -
dijo el general Jonathan, recuperando el aliento después de
su búsqueda.

Jaina miró a Mathias y frunció el ceño.

-Esto no es normal en él. ¿Dónde podría estar? ¿Y
dónde está el príncipe?

Ante eso, el general se alarmó aún más.

-¿No conocemos el paradero del rey ni el del príncipe?
¡Esto es un desastre!

Shaw movió la cabeza.

-Amplía la búsqueda, general. Movilizaré al IV:7.

-Miraré en el puerto -dijo Jaina al tiempo que desaparecía en un destello de luz blanca.

Jonathan frunció el ceño y se dispuso a marcharse.

-Y, general -dijo Shaw, agarrando a Jonathan por el brazo con una mirada de profunda preocupación en los ojos-, prepárate para dar la alarma. Me temo que hay algo siniestro en marcha.

* * *

El rey era un fiero lobo que se enfrentaba a cada defensor que le salía al paso. A veces, a dos o tres a la vez. En sus ojos brillaba la sed de sangre mientras se abría paso a tajos hacia el hechicero. Tras una lluvia de ataques, solo permanecían tres defensores entre ellos.

Anduin apuntó y disparó flechas en un fluido y hábil despliegue de maestría. Las estriadas saetas impactaron en uno de los últimos defensores con perfecta precisión, hundiéndose profundamente. El rufián cayó allí mismo. Anduin parpadeó sorprendido. Obviamente, el hechizo de escudo se había disipado y el mago estaba demasiado enfrascado en utilizar todo su maná en el portal como para preocuparse de proteger a sus camaradas. Los dos últimos asesinos miraron al hechicero con desesperación y Varian vio su oportunidad.

En un arranque furibundo, cruzó la distancia entre ellos de forma instantánea y golpeó su hoja contra las de ambos granujas a la vez, derribándoles con su furia. Su carga sorpresa los dejó aturcidos y expuestos al ataque. Solo duraría un momento, pero eso era todo lo que Varian necesitaba.

Con un grito de guerra procedente de las profundidades de la Vorágine, Varian inició un torbellino de hojas letales que destrozaron las armaduras y, por último, decapitaron a ambos asesinos de forma simultánea. Sus rostros mantenían aún la expresión de aturdimiento mientras las cabezas caían al suelo.

Varian se detuvo y, respirando pesadamente, se encaró con el hechicero, que ya solo estaba a unos pasos de distancia. El mago mostró sus dientes amarillentos en una mueca de triunfo.

-¡Demasiado tarde! Tu fin se...

Antes de que el invocador terminase, Varian volvió a cargar, alcanzándole con su espada mientras Anduin disparaba un certero y letal proyectil sobre el hombro de su padre. Para su sorpresa, el hechicero no trató siquiera de defenderse. Su única preocupación era acabar el hechizo del portal y para ello sacrificó su vida, cercenada cuando

la flecha le atravesó limpiamente el cuello, seguida de cerca por la espada de Varian que le atravesó el pecho.

El hechicero aún sonría triunfalmente cuando cayó muerto; había finalizado su último encantamiento. El portal latía con energía y ¡enmarcaba la oscura y enorme silueta de una criatura que lo atravesaba!

—¡Atrás, Anduin! —aulló Varian.

Con un destello de luz efervescente, una enorme forma surgió del portal en la Ciudad de Ventormenta. Anduin jadeó aturdido mientras Varian retrocedía con pose defensiva. Ante ellos se encontraba el dracónido más grande que habían visto jamás. El enorme monstruo mitad dragón, mitad hombre, iba embutido de la cabeza a la cola en una colosal armadura violeta que ostentaba las marcas del culto del Martillo Crepuscular. Sus gruesas placas ardían con hechizos protectores.

El dracónido sacó dos hachas gemelas mastodónticas que llevaba a la espalda y bramó un desafío que hizo que los árboles se estremecieran y le heló la sangre de Anduin. Varian se situó entre el monstruo y su hijo. Miró por encima del hombro al príncipe.

-Quédate detrás de mí, Anduin. Pase lo que pase. ¿Lo entiendes? Mantente atrás. Esta criatura... esta cosa... es algo diferente.

El príncipe no tuvo siquiera la oportunidad de asentir antes de que el dracónido aullase con furia y cargase contra él.

* * *

-Por tanto, con la llegada de la manivela a vapor transversal de Gnomeregan -continuó con su discurso el mariscal de campo mientras miraba por encima del hombro, esperando contra todo pronóstico la aparición final del rey- eh... con este increíblemente innovador engranaje de eje vinculante, la máquina de asedio operada a presión pudo lanzar proyectiles de un peso superior a cincuenta piedras, incluso en los climas más fríos de la Corona de Hielo.

El mariscal de campo Afrasiabi hizo una pausa; esperaba que la muchedumbre se quedase tan impresionada como él mismo ante este hecho. El pueblo de Ventormenta estaba impresionado, hasta el punto de guardar un silencio sepulcral. Desde atrás, se oyó caer un abalorio. El

mariscal de campo se giró y encogió los hombros en gesto de rendición.

Los nobles de la ciudad estaban fuera de sí. Uno de ellos espetó.

-Que alguien haga algo. ¡Qué desastre! ¿Dónde está el rey?

Los delegados comenzaron a hablar todos a la vez. Llevaban un rato susurrando y rumiando, pero ahora habían llegado a un consenso. Se volvieron hacia Benedictus.

-Hemos decidido que el arzobispo debería hablar en lugar del rey.

Benedictus hizo un gesto de negativa.

-No, no. Me halagáis, pero ese no es mi lugar. Esperaremos a ver qué ha pasado con nuestro rey.

La multitud ya empezaba a abuchear y a silbar. El mariscal de campo Afrasiabi abandonó su sitio en el podio y se sentó con una mueca de disgusto.

-Uf... ¡Yo gano batallas, no corazones!

Una creciente oleada de preocupación se extendió entre la audiencia. La gente empezaba a percibir que algo iba mal. Pequeños retazos de insatisfacción ansiosa llegaron

hasta la tribuna a medida que el murmullo de voces de la multitud se hacía más audible.

—Los estamos perdiendo, padre. Haz algo —suplicó uno de los nobles—. ¡Por favor! A ti te adoran.

Benedictus miró a la delegación y finalmente accedió.

—Muy bien. Será un gran honor decir unas pocas palabras en homenaje a este día.

La multitud murmuró con satisfacción cuando el arzobispo Benedictus subió al podio. Su reconfortante presencia parecía llenar el vacío del valle y la multitud se calmó y apaciguó, esperando las palabras de su líder espiritual. El arzobispo hizo una pausa para sopesar el momento y alzó sus manos. Brotó un grito de júbilo entre los asistentes y Benedictus comenzó a hablar.

* * *

La sangre brillante le manaba de las heridas recientes mientras Varian se tambaleaba hacia atrás a consecuencia de un poderoso golpe de la descomunal hacha del dracónido. La enorme criatura se adelantó y volvió a golpear con la segunda hacha contra la espada de Varian que estuvo a punto de perder el equilibrio al recibir semejante golpe. Varian descubrió una brecha en la defensa, se abalanzó con maestría y dio un tajo a lo largo de la armadura abdominal de la bestia. Pero la hoja apenas rozó a la criatura, produciendo una brillante lluvia de chispas. El dracónido miró hacia abajo y emitió una carcajada gutural antes de rodear al cansado guerrero y jugar con él.

Anduin disparó su última flecha a la bestia, pero eran como picaduras de mosquito para un gnoll. Varian siguió maniobrando frente al monstruo, tratando de apartar su atención de su hijo mientras soportaba uno a uno la lluvia de golpes. Anduin solo podía contemplar con angustia cómo su padre intentaba en vano esquivar el enorme poder de la criatura.

De repente, el dracónido aceleró, alcanzando una velocidad mucho mayor de la que su tamaño haría suponer posible. Varian logró detener las inminentes hachas, pero la cola con púas de la criatura acertó de pleno al rey en el pecho y lo hizo dar tumbos hasta caer al suelo. Varian cayó con estruendo, rodó hasta detenerse y no se movió.

Anduin miró conmocionado el cuerpo inerte de su padre. Era como una pesadilla de la que no pudiese despertar.

—¡Padre! —gritó Anduin, pero Varian seguía inmóvil, cubierto de sangre y polvo.

Anduin avanzó hacia el rey, pero sintió cómo la tierra se estremecía bajo sus pies. Miró hacia arriba justo a tiempo de ver al dracónido caer sobre él como un toro embistiendo, enorme y despiadado, con una de sus grandes hachas cortando ya el aire que la separaba del puente de la nariz del príncipe.

Anduin cayó hacia atrás, sujetando su arco como si fuese una pluma en medio de un huracán. El hacha del dracónido golpeó el arma del chico, destrozándola y haciéndola rodar por el suelo.

Anduin se encontró boca abajo sobre el polvo, con los brazos y el pecho entumecidos por el impacto. Trató de levantarse, pero su cuerpo aturdido se negaba a cooperar. Solo logró girarse y eso fue lo que le salvó la vida. Justo cuando lo hizo la otra gran hacha se estrelló contra el suelo exactamente en el lugar donde había estado su cabeza. El terrible golpe provocó una explosión de polvo y guijarros que hicieron mella en sus ojos.

El príncipe se derrumbó, luchando por respirar mientras la cabeza le daba vueltas. Anduin miró el cuerpo aún inerte de su padre y se obligó a mirar hacia la gran masa del dracónido que estaba sobre él, trataba de vencer el miedo y demostrar el orgullo propio de un príncipe de Ventormenta, como habría hecho su padre. Fijó la vista en los fríos ojos azules de la criatura y sintió que le envolvía una extraña calma.

El semidragón alzó las hachas y lo miró con sorna. Los retorcidos colmillos de la bestia goteaban debido a su sed de sangre. Anduin pronunció una breve oración; sabía que

pronto todo habría terminado. Las hachas silbaron con salvaje júbilo al caer...

De repente, un torbellino de armadura azul y dorada se colocó sobre él. Era su padre, ensangrentado y tambaleante. Extendió la espada y logró detener el golpe del dracónido en un estallido de luz y chispas metálicas. Un chirriante sonido de choque metálico arrancó el hacha de las manos del dracónido y la espada de las de Varian... Enseguida, la segunda hacha del dracónido llegó con la misma intención que la primera.

Varian notó el ardiente mordisco de la hoja deslizarse a través de su armadura para hundirse profundamente en sus costillas. El violento impacto tumbó al rey, pero sus ojos no se apartaron en ningún momento de Anduin para asegurarse de que su hijo permanecía indemne.

Sus miradas se encontraron y la de Varian se suavizó con alivio al ver que su hijo no estaba herido. Pero, mientras el polvo se disipaba, la mirada de Anduin comenzó a reflejar horrorizada lo que veía.

Varian yacía desmadejado y retorcido con el hacha del dracónido hundida profundamente en su pecho. Anduin dejó escapar un gemido de angustia mientras el momento parecía durar una eternidad. Varian miró profundamente a los ojos

de su hijo y le hizo saber que todo estaba bien. "Este es siempre el final de los reyes Wrynn...".

El dracónido permaneció sobre Varian y rió mientras el rey derrotado tosía y suplicaba con la mirada a Anduin que le hiciese un último favor.

-Corre... -susurró Varian mientras una fría y reconfortante oscuridad lo envolvía lentamente. "Deja que sea el último en pagar este precio". La criatura miró con expresión burlona al rey mientras sacaba el hacha del pecho de Varian. El tirón le resultó extrañamente indoloro. Ya no había dolor, ni tristeza. Varian supo que moriría tal y como había vivido. La criatura alzó la húmeda hacha por encima de su cabeza. Su arañada y ensangrentada superficie brillo bajo el sol del ocaso. "Qué paz se respira aquí, Tiffin...".

Varian sintió el mundo desvanecerse, pero, de repente, alguien se arrodilló junto a él, rezando y resistiendo frente al amenazador dracónido. El rey luchó por mantenerse consciente y poco a poco se dio cuenta de que se trataba de su hijo. El príncipe tenía los brazos en alto y sus gritos y oraciones protegían a su padre mientras mantenían a la criatura a raya. Anduin se puso en pie y abrió sus brazos hacia el cielo mientras una oleada de energía sagrada

dorada obligaba al monstruo a retirarse ante su potente y audaz avance. "¡Como el de un rey!"

Cuando Anduin gritó la palabra de poder "Barrera", el cementerio pareció desdibujarse y resplandecer alrededor de ellos dos. El dracónido estaba ahora confuso y esgrimió el hacha en dirección al príncipe, pero la poderosa arma se desvió inofensiva ante un anillo celestial. Varian miraba estupefacto mientras Anduin perseveraba. El dracónido los rodeaba, preparándose para atacar ¡y la única arma de Anduin era su fe! Varian trató de alcanzar su espada, pero estaba demasiado lejos. Volvió a caer, jadeando de dolor. Apenas podía respirar y mucho menos moverse.

Anduin se mantuvo firme como una roca, lleno de coraje y determinación, incluso mientras el dracónido se preparaba para una carga final. Varian rodó sobre sí mismo a pesar del agudo dolor y trató de levantarse. Tenía que hacer algo. De repente, notó el pesado fragmento de la armadura del dragón negro en su cinturón. El rey luchó por alcanzarlo y finalmente logró liberar el acerado fragmento.

Mientras el dracónido cargaba, el chico permaneció inamovible, rodeado por un aura de Luz Sagrada. Alzó las palmas de las manos hacia el cielo y pronunció las palabras para disipar magia. Con cada palabra, la tierra retumbaba con energía, sacudiendo las lápidas y creando ondas que

surcaban la superficie del lago. Un destello de fuego explotó desde el cielo e impactó contra el dracónido mientras se acercaba en plena carga.

El fuego cegó a la bestia, que se tambaleó hacia la serena silueta de Anduin. La espantosa criatura chilló de dolor y rabia. Al caer el dracónido, su armadura se apagó rápidamente hasta adoptar un tono grisáceo pálido. Ya no estaba protegida por magia oscura.

En el último momento posible, Varian reunió hasta el último ápice de energía que le quedaba para lanzarse blandiendo la hambrienta punta de la astilla de la armadura de Alamuerte.

El impacto contra el dracónido fue como una poderosa avalancha cuando su inmenso peso se desplomó sobre Varian. El fragmento, mortalmente afilado, penetró la armadura y el pecho de la bestia. En algún lugar de su mente, Varian oyó un aullido que era mitad grito de guerra, mitad de agonía, pero no estaba seguro de si lo había lanzado él o la criatura. Luego, para su alivio, todo se volvió negro.

En algún lugar en la lejanía, Varian sintió que Anduin estaba allí. Abrió los ojos para ver cómo su hijo lo sujetaba mientras las lágrimas del chico se mezclaban con el creciente charco de sangre sobre el que yacía el rey.

Jaina y Jonathan llegaron corriendo al cementerio, seguidos por una hueste de guardias. El general frunció el ceño y ordenó a sus hombres que revisasen los cuerpos de los asesinos. Jaina cayó de rodillas junto al rey y el príncipe. Miro primero la terrible herida de Varian, luego a Anduin y sacudió la cabeza.

Varian observó a Anduin con renovado cariño y admiración.

—Tenías razón... —dijo con una mueca de dolor—. El amor dura más que nada.

Anduin limpió la sangre y la suciedad de los ojos de su padre, pero Varian apenas podía sentir su tacto. Su cuerpo estaba tan frío que el resto del mundo parecía estar derritiéndose.

El sol brillaba ahora con luz sanguinolenta en el horizonte, tiñendo todo el cementerio con un profundo halo escarlata. El rey cerró los ojos y dejó que la Luz hiciese su parte. Mientras la guardia de honor de Ventormenta al completo se reunía alrededor del cuerpo de su rey moribundo, los resuellos de Varian se fueron haciendo cada vez más suaves y espaciados.

—Lo siento tanto, padre —logró decir Anduin entre lágrimas.

Varian abrió de nuevo los ojos y trató de sonreír.

—No. Soy yo quien lo siente... por no haber entendido antes lo que eres... lo que siempre has sido. Estoy tan orgulloso... de que seas mi hijo. —Varian levantó la mano ensangrentada para tocar la mejilla sucia del chico—. No te lamentes por mí, Anduin. Este siempre fue mi destino... No permitas que también sea el tuyo.

Con esas palabras, el brazo y el cuerpo de Varian quedaron inertes. Anduin se quedó sentado, paralizado, durante un largo rato, con todo el cuerpo entumecido mientras su vida pasaba ante sus ojos. Jonathan se acercó a ayudar al joven a levantarse.

—Ven, Anduin, debemos llevarte a la seguridad del castillo. Hay que proteger al legítimo heredero.

Anduin estaba sentado inmóvil, sin escuchar nada de lo que decía el general, mirando incrédulo los restos agonizantes de su padre.

—Abandonemos este lugar —suplicó Jaina, acercándose a él. Pero el príncipe los apartó a ambos y se limpió las lágrimas con furia repentina.

—¡No! ¡No es así como acaba! —Sacudió al rey—. ¿Me oyes, padre? ¡Un príncipe Wrynn no volverá a ver como uno

de sus seres queridos muere ante él! ¡Ese no es nuestro destino!

Anduin gritó hacia los cielos y las nubes parecieron apartarse en gesto de comprensión.

Los presentes observaban sobrecogidos mientras el príncipe cerraba los ojos y empezaba a entonar lentamente un cántico. Al principio era un sonido suave y agradable, pero, a medida que iba elevando la voz, se fue transformando en un bello y poderoso cántico. Al tiempo que se sucedían las palabras, sus manos empezaron a emitir una luz, débil al principio, pero cada vez más brillante, hasta competir incluso con la del sol poniente, que inundó completamente el cementerio con la luz deslumbrante del mediodía.

La canción alcanzó un tono febril y el joven sacerdote elevó los ojos y la voz a los cielos, invocando al mismo corazón del cosmos en busca de una fuente de poder divino.

De repente, unos rayos líquidos más brillantes que la luz de mil soles partieron de las puntas de los dedos de Anduin, penetraron en el cuerpo del rey y le confirieron una brillante aura amarilla. Los guardias jadearon y retrocedieron, cubriéndose los ojos mientras todo el ser de Varian se agitaba por una afluencia de luz pura. Y en el centro de todo se encontraba Anduin, sujetando a su padre

mientras un vórtice de infinita belleza bailaba entre ellos.

Después, en fuerte contraste al intenso torbellino de energía que lo inundaba todo, el príncipe empezó a hablar con una voz melódica y agradable mientras imponía con cuidado las manos sobre la frente del rey, inmóvil y tranquila, y apaciblemente comenzaba a rezar.

* * *

Benedictus estaba en su elemento. La multitud vitoreaba todo lo que decía. Algún día, el pueblo de Ventormenta entendería que este día había sido inevitable, que a través del mismo, el mundo se vería finalmente purificado por estos importantes acontecimientos.

Apuntó un brazo hacia las masas, que ansiaban oír cada una de sus palabras.

—Mientras me veis aquí, frente a vosotros, nos enfrentamos a un momento terrible. Los cimientos del mundo se han partido en dos. Incluso ahora, Azeroth sufre la purificación del fuego divino ¡y recordaremos durante mucho tiempo estos días de condenación como el crisol del que nació una nueva era!

La multitud vitoreó sin saber por qué lo hacía y Benedictus sonrió para sí mismo, cerrando los ojos con satisfacción. De repente, la gente empezó a ovacionar de nuevo, aún con más fuerza que antes. Benedictus abrió los ojos sorprendido. Se oyó otro rugido más alto que el anterior y el arzobispo se volvió para ver de qué se trataba.

Cojeando en el escenario, despeinados y cubiertos de sangre, aparecieron el rey Varian y el príncipe Anduin. Fatigados, apenas lograban mantenerse en pie sujetándose el uno al otro. Cuando se corrió la voz de su aspecto demacrado, empezó a escucharse un murmullo de preocupación, pero Varian alzó la mano en un gesto tranquilizador y la multitud guardó silencio.

Benedictus se había quedado completamente sin habla mientras hacía una reverencia y cedía el escenario al rey de Ventormenta. Varian cojeó hasta el podio mientras Anduin le ayudaba a mantenerse erguido en su debilidad. Varian dio una palmada en la espalda a su hijo e inclinó la cabeza como muestra de agradecimiento mientras Anduin volvía con Jaina y con el resto del contingente de la delegación de honor.

De repente, Varian se dio cuenta de que no había llegado a tener tiempo de preparar su discurso para el Día

del Recuerdo. El rey hizo una pausa durante un momento, trató de sonreír a pesar del dolor y se dio perfecta cuenta de que ahora sabía exactamente lo que iba a decir. Señaló a las enormes estatuas que tenían a su alrededor.

—¡Oídmme, pueblo de Ventormenta! Vuestro rey está ante vosotros y su corazón aún sigue latiendo, como un tambor que se vuelve cada día más fuerte al ver la determinación que habéis demostrado para reponeros tras la tragedia. ¡Igual que esas estatuas aún vigilantes, así permanecerá Ventormenta, ahora y para siempre!

Como si los primeros rayos de luz de la mañana hubieran aparecido de repente en el horizonte, la multitud estalló en los vítores más espectaculares que jamás se habían oído frente a las puertas de la gran ciudad de la humanidad.

—Nos hemos reunido aquí, en el Día del Recuerdo, para rendir homenaje a aquellos héroes que nos han mostrado el camino, mediante la luz de sus vidas y la gloria de sus hazañas.

La multitud replicó con un entusiasta aplauso.

—¡Uther el Iluminado!

La ovación se convirtió en un rugido salvaje.

-¡Anduin Lothar!

La ovación lo ensordeció todo durante más tiempo aún y Varian esperó paciente a que los vítores remitiesen. Le embargaba el orgullo por su pueblo y su ciudad. Pero ahora su voz adoptó un tono más sombrío.

-Una vez más, nos enfrentamos a una nueva y gran amenaza. -El rey hizo un gesto hacia las torres dañadas-. Todavía, ostentamos las cicatrices frescas que las fuerzas del mal nos causaron al tratar de destruirnos.

Varian alzó la voz para que todos lo oyeran.

-¡Pero la humanidad no se acobarda con tanta facilidad! ¡Estamos en la brecha y mantenemos el frente!
¡Nunca seremos esclavos del miedo!

¡La muchedumbre reunida lo ovacionó con salvaje desenfreno! Los miembros de la delegación que había en el escenario tras el rey aplaudieron al unísono olvidando momentáneamente sus diferencias y sus quejas. Mientras la multitud seguía gritando, Varian lanzó una mirada a Jaina y a Anduin y se vio forzado a luchar contra su propia oleada de profundas emociones. Cuando volvió a tomar la palabra, su voz sonó más suave y paternal, algo que el pueblo de Ventormenta no había oído jamás.

-En este día, no solo hay que recordar a los buenos, sino también a los malos, ¡pues solo la adversidad y el fracaso sacan lo mejor de nosotros! Yo mismo he sido... un rey ausente. He perseguido a nuestros enemigos hasta el mismo corazón del inframundo. Considero vuestra seguridad mi mayor responsabilidad. Vuestra felicidad mi primer y único deber. Porque en verdad no es el pueblo el que sirve a su rey, ¡sino el rey el que ha de servir a su pueblo!

La audiencia volvió a vitorearlo. Las rosas volaban en dirección al escenario y la buena voluntad emanaba de todos los rincones de la muchedumbre. Estaba claro que la gente se preocupaba más de lo que el propio rey había supuesto y eso lo conmovió profundamente.

-No siempre he sido el mejor de los líderes... o el mejor de los padres... o de los maridos. -Los ojos de Varian se humedecieron por los recuerdos. Se volvió y asintió mirando a su hijo-. En una ocasión un sabio dijo: "Debemos crecer cada día en todos los sentidos". Bueno, yo aún no he dejado de crecer. ¡Y ante mí, veo a una ciudad que se alza tras el desastre, con esperanza renovada y relucientes pináculos nuevos!

Los vítores de los arquitectos y albañiles fueron los más audibles de todos. Varian alzó la mano para continuar.

-Sí, hoy honramos el pasado, ¡pero con los ojos fijos en un futuro aún más brillante! ¡Un futuro que forjaremos juntos, para nosotros, para nuestros hijos y para los hijos de nuestros hijos!

El siguiente rugido denotaba una potente mezcla de amor y esperanza. Varian miró a la multitud y descubrió un sinfín de rostros jóvenes que le observaban, niños que pronto iniciarían sus propias búsquedas y que harían del mundo, a su manera única y especial, un lugar mejor.

-Cada generación está destinada a lograr su gran promesa. Sin duda, cada una afrontará un conjunto único de pruebas y adversidades. Algunos verán con certeza que el fin está cerca. Pero nunca hay verdad detrás de la típica cantinela de taberna acerca de que los buenos tiempos quedaron atrás para siempre. ¡No! ¡Cada día que estamos vivos es un gran día! ¡Y cada generación encuentra la manera de convertirse en la mejor generación de todas las que han vivido!

Mientras la multitud ovacionaba, el rey lanzó otra mirada furtiva a la delegación de honor. Jaina sonreía y Anduin aplaudía más fuerte que nadie, con el relicario de su madre danzando en su cadena. El rostro del joven estaba lleno de orgullo y de algo más: amor.

Varian ya no se sentía solo en su lucha por proteger el mundo. Por sus venas corría la sangre de sus padres del mismo modo que corría por las de Anduin. Varian sintió la cordialidad y el cariño de sus ancestros más allá de La Gran División. Le daba fuerzas para ser rey y algún día le proporcionaría a Anduin el poder para alcanzar su propio destino. Varian sonrió a su hijo y se volvió a la multitud con una certeza que ahora llenaba el vacío que llevaba largo tiempo enconado en su corazón.

-En el pasado, confiábamos en la fuerza y el acero para forjarnos un camino. Protegemos lo que podemos y destruimos lo que debemos. Pero ese no es el único camino. Si pretendemos restaurar este mundo, debe llegar un momento en el que los líderes de Azeroth no sean guerreros, ¡sino sanadores! Aquellos que arreglan en lugar de romper. Solo entonces podremos curar nuestros profundos males y lograr la paz duradera.

La multitud rugió con aprobación desde todas las direcciones. Incluso el barón Lescovar y su grupo de nobles estaban en pie vitoreando, barridos por el poder y el orgullo de la visión de su rey. Varian Wrynn alzó las manos para acallar a la multitud una última vez. Después, volvió a señalar a las grandes estatuas del valle.

-¡Mirad sobre vosotros! Los héroes de antaño permanecen erguidos y nosotros los honramos y recordamos en este día. ¡Pero ahora mirad a vuestro alrededor! A vuestro lado, en esta multitud, ¡están todos los héroes del mañana! Tú... y tú... y tú. Cada uno jugará un papel, cada uno marcará una pequeña diferencia y, en su momento, algunos serán honrados en este día por hazañas mucho mayores de lo que jamás podríamos imaginar.

Las generaciones más jóvenes de la multitud sumaron sus voces al estruendo, con sus inocentes ojos iluminados por la promesa y la emoción de las aventuras por venir. Incluso el gruñón del mariscal de campo Afrasiabi fingió tener una mota en el ojo para disimular una lágrima.

-¡Bien, pueblo de Ventormenta! Unámonos en este día. Renovemos nuestra promesa de mantener y proteger la Luz y juntos afrontaremos esta nueva tormenta oscura y resistiremos, como siempre ha hecho la humanidad... ¡Y como siempre lo hará!

La multitud reservó sus más fuertes rugidos y vítores para el final. Un coro que repetía:

-¡Larga vida al rey Varian! ¡Larga vida al rey Varian!
-se alzó con vigor y convicción hacia el cielo. La ovación era interminable y resonaba profundamente en el Bosque de

Elwynn hasta llegar atenuada incluso a los lejanos picos de las Montañas Crestagrana.

Mientras Varian se deleitaba en el cariño de su pueblo, se sintió realmente en casa por primera vez desde hacía años. Se descubrió a sí mismo saboreando la gran suerte que tenía de ser padre, el increíble honor que constituía ser el rey de Ventormenta y, por último, le invadió un sentimiento que ya había conocido en el pasado y que volvería a embargarle en el futuro: el orgullo de ser humano.